

Vocación académica



Alfredo Buzzi

El término "vocación académica" caracteriza un estilo de vida intelectual y docente que tiene raíces muy antiguas en nuestra civilización, y que merece ser de-

finido con claridad, especialmente para aquellos más jóvenes. Etimológicamente "vocación" deriva del latín *vocatio*, acción de llamar, que el Diccionario de la Real Academia Española define como la inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al vinculado con la religión o al sacerdocio, y de un modo más familiar, como inclinación hacia una profesión o carrera de estudios. Vemos, entonces, cómo se ha asociado a esta vocación o llamado un carácter sobrenatural o divino, lo que ya nos está indicando las dificultades que surgen al intentar darle un encuadre objetivo. A pesar de estas dificultades, todos los médicos sabemos o creemos saber lo que constituye la vocación: una firme inclinación hacia una determinada actividad humana, sea ésta laica o religiosa, casi siempre acompañada de ideales de ética, dedicación y perfección. La vocación casi siempre surge en la juventud, a veces este llamado es oído en la niñez. También existen vocaciones tardías, pero son menos frecuentes.

¿De quién depende y cuándo y dónde tiene su origen la vocación? Es difícil responder con certeza a estas preguntas, pero intentaremos algunas aproximaciones. Una de las hipótesis plausibles es la del "contagio" en el sentido figurado de la influencia de un familiar, progenitor o maestro que se erige en modelo de identificación para los más jóvenes. La profesión médica puede citarse como arquetipo de las vocaciones familiares, ya que existen dinastías y linajes de médicos, algu-

nos de ellos famosos. El vínculo puede ser de padre a hijo, de tío a sobrino, de hermano mayor a menor. Así, el fundador de la anatomía científica, el belga Andrea Vesalio (1514-1564), autor del primer libro fidedigno de anatomía humana titulado *De Humani Corporis Fabrica*, publicado en Basilea en 1543, con una segunda edición corregida que apareció en 1555, siendo una de las personalidades médicas más precoces y originales, era hijo, nieto y bisnieto de médicos. Si nos trasladamos más atrás en la historia de nuestra profesión, encontramos que Hipócrates de Cos (460-377 a.C.), justamente considerado como el Padre de la Medicina, era descendiente de una familia de médicos, siendo una tradición establecida en aquella lejana época que los conocimientos médicos pasaran de padres a hijos. El célebre filósofo y biólogo Aristóteles de Estagira (384-322 a.C.) era hijo del médico Nicómaco, destacado descendiente, a su vez, de una larga estirpe de médicos. En nuestro país, los apellidos de los Argerich, los Herrera Vegas, los Gutiérrez, los Uriburu y los Finochietto nos resultan familiares. En otros casos, la chispa que enciende la llama de una vocación ardiente es la admiración juvenil hacia una personalidad destacada en arte o en la ciencia. Nuestro egregio Bernardo Alberto Houssay (1887-1971) confesaba que su precoz dedicación al estudio de la fisiología se había despertado por la admiración que profesaba a la figura del gran fisiólogo francés Claude Bernard (1813-1878).

El vocablo "académico", relativo a la Academia, tiene su origen y se refiere al lugar vecino al gimnasio del héroe Academia, en los suburbios de Atenas, donde asentaba la escuela filosófica fundada por Platón (427-347 a.C.). Este pensador griego, discípulo de Sócrates (469-399 a.C.) y maestro de Aristóteles, hizo de la Academia una verdadera universidad, la primera conocida en la historia, la que floreció durante varios siglos hasta que fue clausurada por el Emperador Justiniano (483-565) en el año 529 d.C. La existencia de la Academia hubiera sido verdaderamente impo-

sible en el mundo antiguo fuera de Atenas. En efecto, la independencia intelectual propugnada por Platón como virtud esencial del filósofo hacía necesaria una libertad absoluta para expresar su pensamiento, aún cuando fuera, como lo hacía Platón, para criticar a su propio estado. La Academia Platónica produjo un tipo especial de hombres, profundamente inmersos en problemas astronómicos y matemáticos, y al mismo tiempo indiferentes a las cuestiones prosaicas de la vida de la ciudad. Sin embargo, Platón estaba convencido del valor de este tipo de hombres, con sus intelectos inflamados por una chispa divina. Se ha afirmado que, salvo las fuerzas ciegas de la Naturaleza, todo lo que se piensa, se estudia y se hace en Occidente es griego en su origen. Esto es particularmente así en las ciencias y en las artes, incluyendo la medicina, que puede considerarse una ciencia aplicada, en cuya esencia siempre puede rastrearse el genio de este maravilloso pueblo de la Antigüedad.

En lo académico, confluyen, por lo tanto, dos vertientes: el cultivo de la ciencia y la práctica de la docencia. Hipócrates, contemporáneo de Sócrates, estableció las bases científicas de la observación y de la experiencia médicas, y ensalzó las virtudes de los maestros, afirmando que se los debía respetar y amar como a los propios progenitores. El médico que posee una vocación académica es un *homo duplex*, ya que a la noble tarea de asistir y cuidar a sus enfermos, añade la no menos noble misión de enseñar el arte de curar y los principios científicos y bioéticos que lo rigen.

Esta vocación académica, que suele surgir cuando el estudiante encuentra un modelo de identificación con uno de sus preceptores, encuentra un ámbito fértil para su desarrollo en una de las salas-cátedra que hacia 1950 sólo albergaba el antiguo Hospital Nacional de Clínicas y algunos hospitales municipales, entre otros, el Ramos Mejía, Rawson, Argerich y Fernández. Allí podía desarrollarse una intensa actividad docente, con clases teóricas y trabajos prácticos a la cabecera del enfermo, y esta actividad, a su vez, incentivada por la natural curiosidad de los alumnos, aumentaba el interés por el enfermo, su personalidad y sus dolencias. Todo esto, así como las Residencias Médicas que se generalizaron más tarde, contribuía a una mejor calidad de la atención médica hospitalaria.

Luis Güemes (1856-1927), gran clínico argentino, definió a la medicina como un humilde oficio y una noble misión. Humilde, ya que está siempre dispuesta a corregir sus errores y rectificar su rumbo cuando la realidad lo demuestra necesario. Noble, ya que además de curar, aliviar y consolar al hombre enfermo, transmite de generación en generación no sólo los conocimientos y la praxis necesarios para su ejercicio, sino también los altos ideales éticos que han hecho que sea considerada la más noble y humana de las profesiones.

Alfredo Buzzi

*Profesor Emérito de Medicina Interna
de la Universidad de Buenos Aires
Decano de la Facultad de Medicina (UBA)*